



Georges Baudot

“La aventura humana pensada por los antiguos mexicanos. En torno a la *Filosofía Náhuatl*”

p. 51-66

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.  
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas  
El Colegio Nacional  
Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in\\_ihiyo/334.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html)

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## COMENTANDO ALGUNOS DE SUS LIBROS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA AVENTURA HUMANA PENSADA POR LOS ANTIGUOS MEXICANOS. EN TORNO A LA FILOSOFÍA NÁHUATL

GEORGES BAUDOT

El hombre, al correr milenios y siglos, y desde los tímidos primeros pasos reflexivos del *Australopitecus* en el oriente de África, ha anhelado siempre volver a integrarse al cosmos que lo acunó y no perder su vínculo con la madre naturaleza que lo envuelve, pese a que la primerísima reflexión hace casi cuatro millones de años representó un principio de divorcio escandaloso y mayúsculo. Efectivamente, cuando el *Australopitecus* empezó a separar imágenes, y éstas ya no implicaban un dictado de acción inmediata, cuando comenzó a organizar dichas imágenes para estructurarlas en una representación artificial de su entorno, cuando principió a “imaginar” el mundo, perdió irremediablemente la cálida y ciega protección de natura. Y fue el primer balbucear de cultura. Pero, a la par que esta prístina reflexión permitía la fabricación de herramientas, la aparición en la actividad de este proto-humano de funciones estéticas y lúdicas, surgían incontenibles las preguntas mismas, esenciales, que más tarde con el *Homo sapiens sapiens* marcarían todos los términos de aquel tremendo divorcio iniciado millones de años atrás. ¿Por qué nuestro lugar aquí? ¿Con qué significado? ¿Cuál es nuestra finalidad, nuestro eventual programa y nuestro papel? Hemos de explorarlo por necesidad ontológica y por curiosidad espiritual. Por querer entender cómo se puede acaso vislumbrar el sentido de nuestro transcurrir por el tiempo en este nuestro planeta. Es la angustiada, tremenda y desesperada pregunta de todas las culturas inventadas por el quehacer humano. La clave de todos los sistemas filosóficos.

En tal sentido los antiguos mesoamericanos fueron ejemplares por su modo de cuestionar el mundo. Y lo fueron junto con aquellos hombres de la India que crearon los *Maha Bharata* o redactaron las magias del *Baghavad Ghita*, o junto con poetas como la deliciosa Lee Qhin Zao de la China medieval, a aun con Homero y Píndaro, Horacio y Virgilio, o junto con François Villon y Francisco de Quevedo, y así junto con tantos y tantos otros...

Nezahualcóyotl y Tlaltecatzin han sido, muy de veras, como los primos hermanos de Gonzalo de Berceo y de Ruteboeuf. Los bajorrelieves de

Chalcatzingo hablan con palabra muda —acaso susurran— a través de veinte siglos un mensaje íntimo y secreto dirigido con emoción cautelosa a la sonrisa gótica de Nuestra Señora de Chartres. Los textos de reconocimiento y de toma de conciencia de ello, que a fines de nuestro siglo XX nos hablan con claridad de estas conquistas humanas como de muchos de los sinsabores que entrañaron, son los bienvenidos para el tercer milenio que está en puertas.

Así que volvamos la mirada hacia México. Y, efectivamente, para México nuestro siglo XX trajo el esfuerzo sabio que permitiría una primera conciencia clara de cuál era su palabra esencial, su palabra prístina. La *melahuac tlahtolli* de aquellos que antes de la llegada de los europeos pensaban y conceptuaban dentro del concierto universal lo que era el texto crucial de Mesoamérica.

Esta primera conciencia explícita, explicada y fundamentada para los mexicanos de hoy tiene por título *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* que Miguel León-Portilla ofreció a sus contemporáneos a mediados del siglo, en 1956. Pocos libros han representado y representan aún ahora tanto para entender y situar con precisión una de las más espléndidas y más logradas culturas de la humanidad. Pocas aportaciones han podido confortarnos tanto en la comprensión de los intrincados misterios con que se presenta a veces a la unidad de nuestra especie, y en el entender cabal de sus facetas multicolores. Y, de hecho, desde su primera aparición los lectores no se equivocaron. Tanto el público de lengua española como aquel que discurre en los otros grandes idiomas que vehiculan los principales mensajes del acercamiento a lo humano. Efectivamente, el libro de Miguel León-Portilla conoce hasta la fecha publicación en cinco idiomas: el español, claro está, el ruso (edición de la Sección de Autores Extranjeros de la Academia de Ciencias de Moscú, 1961), el inglés (University of Oklahoma Press, 1963, 1967, 1970, 1971, 1975, 1978, 1981 y 1983), el alemán (1970) y el francés (Éditions du Seuil, 1984).

Pero, más allá de un éxito internacional tan significativo que ya, y muy a las claras, subraya la importancia de una obra para todos sus contemporáneos de aquende y de allende, conviene sobre todo destacar ahora y aquí el magnífico paso adelante, el decisivo progreso que *La filosofía náhuatl* supuso para nuestros conocimientos. Y esto acerca de un pensamiento tan elaborado y sofisticado como el de las más altas culturas de Asia o de la cuenca del Mediterráneo, y no por ello hasta esa fecha tan poco y tan mal conocido. Cuando no negado por aquellos que sólo saben mirar el mundo con las pobres lentes de una miopía construida en la ignorancia. Miguel León-Portilla han contado a menudo, y lo ha escrito en más de una ocasión, que la aparición, por primera vez, de *La filosofía náhuatl* suscitó no pocas sonrisas irónicas, incredulidades y hasta sarcasmos en quienes no podían concebir que las grandes culturas amerindias del pasado prehispánico de México hubiesen producido poetas y filósofos como los del mal llamado Viejo Mundo. ¿Cabe aún, en estos albores del siglo XXI,

cuando asistimos a los progresos fabulosos de la filología, de la etnohistoria y de la arqueología tocantes al mundo prehispánico de América, que encabeza por cierto la obra de Miguel León-Portilla, discutir tales asertos o pelear contra tales actitudes no exentas de mal disimulado racismo? Creemos que no, y que en 1996 es más hora de analizar la extraordinaria aportación del sabio mexicano que hora de polemizar con discursos atrasados.

Esta aportación fue primero la de un respeto y la de un empeño. Respeto, instintivo y clarividente, ante el pasado de un país, el suyo, que fuera cuna de una de las cinco o seis grandes civilizaciones milenarias del mundo cuando éste empezó a volcarse en ciudades y textos, en fenómeno urbano y en escritura que implicaban un explicar y un concebir lo humano a escala universal. Diligencia aquella que los griegos darían en llamar filosofía: “amor o amistad hacia la sabiduría”, significando ello una racionalización y una sistematización del conocimiento del mundo para trascender el primer acercamiento mítico de la aurora humana. Respeto que reconocía así, por fin, en los primeros grandes discursos amerindios de siglos anteriores plasmados en arquitectura, escultura, pintura o palabra preservada, y sobre todo en esta palabra *chipahuac ihuan melahuac*: “límpida y auténtica”, original, única e imprescindible en el concierto plurivocal del *oikumene*. Y esto, hay que subrayarlo, aunque ya sea por última vez, en contra de muchos echacantos pertenecientes a la “inteligencia oficial” de mediados de nuestro siglo.

Pero, además, fue la aportación de un empeño. De un empeño científico y metodológico ejemplar. El que fundamentaba toda exposición y todo análisis en un recurso sistemático a las fuentes escritas disponibles, pictográficas o alfabéticas, revisadas y aprovechadas con ánimo de exhaustividad y con paciente y fecundo espíritu crítico. En un esfuerzo por aunar la filología y la etnohistoria, la semántica y la filosofía. En una palabra, fue un inteligentísimo intento por sacar de las raíces del idioma mismo de aquel discurso filosófico, es decir, del náhuatl, el meollo del pensamiento prehispánico del periodo postclásico, sobre todo del de su último siglo *mexicatl*.

Fundamentar la investigación sobre la reflexión filosófica en un análisis cuidadoso de la palabra que la expresa, de la intimidad del verbo que la declara: ésta sería sin duda una de las características esenciales de la obra en cuestión y de las diligencias de su autor. De ahí que, como premisa ineludible, las fuentes manejadas fueran la primera preocupación de Miguel León-Portilla y que al repaso del estado en que se hallaban, de las posibilidades de acercamiento que ofrecían en razón de sus ediciones y estudios críticos, así como de los eventuales predecesores que ya las habían utilizado parcialmente, dedicara las cincuenta primeras páginas de su libro. Desde los textos en náhuatl procurados por los *tlamatinime* que fueran informantes de fray Bernardino de Sahagún a mediados del siglo XVI, hasta los códices cruciales como el *Vaticano A*, el *Telleriano-Remensis*,

o el *Mendoza*, y sin olvidar, claro está, aquella excelente fuente de información que eran, entre otras, las obras de un Salvador Toscano: *El arte precolombino de México y de la América Central* o un Justino Fernández: *Coatlícue, Estética del arte indígena antiguo*. Un panorama de fuentes precisas y detalladas que en la época en que se reseñaban así (1956) era prácticamente un esfuerzo único junto con la magna *Historia de la literatura náhuatl* del que fuera su maestro muy querido Ángel María Garibay K. Entre los investigadores del pensamiento náhuatl que Miguel León-Portilla entonces reconoció como sus más auténticos predecesores en esta revisión general, debe señalarse que partió de Juan José de Eguiara y Eguren (1696-1763), “iniciador de la historia de las ideas en México”, llegando hasta Ángel María Garibay y Justino Fernández, sin olvidar al eximio alemán Eduard Seler o al francés Jacques Soustelle que fuera mi maestro, también muy querido, para señalar así los que habían proporcionado ya estudios inauguradores sobre las concepciones fundamentales de los nahuas. Efectivamente, en este acervo de textos y de sabios podía principiar la cosecha de todas las nociones inventadas por los antiguos mexicanos y relacionadas con el origen del mundo o con el más allá, relativas al espacio y al tiempo o tocantes al difícil sentido de la presencia humana *nican in tlalticpac*: “aquí, en la tierra”.

Cumplida así esta indispensable introducción metodológica, el libro podía abarcar con las mejores garantías el fondo del tema seleccionado, a saber el pensamiento filosófico náhuatl de la época prehispánica. Ésta iba a ser la materia de los seis capítulos del libro que abordarían, sucesivamente, *la existencia histórica de un saber filosófico entre los nahuas*, *la imagen náhuatl del universo*, *las ideas metafísicas y teológicas de los nahuas*, *el pensamiento náhuatl acerca del hombre*, *el hombre náhuatl como creador de una forma de vida* y, por fin, *el problema de los orígenes y evolución del pensamiento náhuatl*. Ilustrando magníficamente la voluntad expresada tanto en la introducción como a todo lo largo de la obra, Miguel León-Portilla añadía un riquísimo apéndice con todos los textos utilizados, analizados, y citados en su lengua náhuatl original correspondientes a cada uno de los seis capítulos y agregaba, como colofón, un “breve vocabulario filosófico náhuatl”, tan novedoso como esclarecedor.

Obviamente, la primera interrogación obligatoria e introductoria era la que planteaba para todos, pero quizá principalmente para los escépticos, la *Existencia histórica de un saber filosófico entre los nahuas*. Es decir que el análisis cuidadoso de la estructuración interna que fundara la visión cosmológica de los antiguos mexicanos se imponía como paso previo. Siempre apegado a los textos mismos, legados por los nahuas, Miguel León-Portilla intentó decisivamente la respuesta. Y así descubrió, maravillado, que en ellos estaban, según su propia expresión, “las más apremiantes preguntas de la filosofía de todos los tiempos”. Y éstas sobre todo plasmadas en muchos de los escritos que reunía un extraordinario manuscrito de la Biblioteca Nacional de México: *Cantares Mexicanos*, cuya edición crítica

y traducción coordina hoy el sabio mexicano como otra de las aportaciones fundamentalmente innovadoras que el esfuerzo científico de México alienta ahora para renovar la comprensión de los tesoros de su pasado.<sup>1</sup>

Efectivamente, la poesía lírica náhuatl resultó ser uno de los más acertados vehículos, quizá el más deslumbrante, de la inquietud metafísica de los antiguos *mexicah*. Como una queja filosófica lancinante se inscribe así en los versos de *Cantares Mexicanos* la pregunta: *¿In tlactipac can mach ti itlatiuh?* “¿En la tierra acaso podemos ir en pos de las cosas?”, o la interrogante desgarradora sobre la finalidad de la aventura humana:

<i>¿Campa nel tiazque?</i>	¿Adónde, en verdad, iremos?
<i>Can zan titlacatico.</i>	Que tan sólo a nacer venimos.
<i>Ca ompa huel tochan.</i>	Que allá es nuestra morada.
<i>In canin Ximoayan...<sup>2</sup></i>	Allá, donde es el lugar de los descarnados...

Muchos, muchos en verdad son los ejemplos que Miguel León-Portilla pudo aducir en este su primer capítulo y que podrían subrayarse, pero claro está que el valorar hoy lo que significó su obra implica también el resistir a la tentación de parafrasearla o imitarla. En realidad, la problemática filosófica planteada por los nahuas abarca temas como el de la subsistencia de los seres y la explicación de su lugar en la existencia que en Europa habían conceptualizado según las épocas, la escolástica de santo Tomás de Aquino, la diligencia hegeliana o la constatación un poco desesperante del existencialismo. A esta problemática se sumaba la aseveración, perfectamente apoyada en los textos que recogiera Sahagún, que aseguraba la existencia de filósofos como personajes importantes y respetados de la ciudad-estado precolombina. En este sentido fue un análisis magistral el que diera del espléndido texto recogido en el *Códice Matritense de la Real Academia* que empieza:

<i>In tlamatini: tlavilli ocutl,</i>	El sabio: es una luz, una tea,
<i>tomavac ocutl hapocyo;</i>	una gruesa tea que no ahúma
<i>tezcatl coyavac,</i>	un espejo horadado,
<i>tezcatl necuc xapo;</i>	un espejo agujereado por ambos lados,
<i>tlile, tlapale,</i>	es suya la tinta negra y roja;
<i>amuxva, amoxe.</i>	suyos son los códices, suyos son los códices.
<i>Tlilli, tlapalli...</i>	Él mismo es tinta negra y roja [sabiduría]...

y que plasma las cualidades y características del pensador nahua que es

<sup>1</sup> *Cantares Mexicanos*, Edición facsimilar del manuscrito de la Biblioteca Nacional de México, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Bibliográficas) y CONACYT, 1994, v. I, así como volúmenes I, III y IV (paleografía, edición crítica, traducción y estudio analítico de los nueve opúsculos que lo componen, en proceso de elaboración, obra coordinada por Miguel León-Portilla, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, y Guadalupe Curiel, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, desde 1992.

<sup>2</sup> Ms. *Cantares Mexicanos*, ed. cit., fol. 3r.

guía y maestro: *temachtiani*. Y de este modo toda la secuencia del texto queda luminosamente analizada dentro de una nomenclatura perfectamente reconocible. El filósofo es así, además, *teixcuitiani* —psicólogo—, *teyacayani* —pedagogo—, *tetezcaviani* —moralista—, *cemanavactlaviani* —conocedor del universo—, *mictlanmatini* —conocedor de la región de los muertos, del más allá, es decir, metafísico— y, por fin, *netlacanecoviani* —el que humaniza el querer de la gente—. El papel social desempeñado por el filósofo queda, además, bellamente plasmado en una fórmula como es la de “hacer sabios los rostros ajenos”, indicando por ahí cuál es el lugar del filósofo en el corazón mismo de la ciudad-estado.

Utilizando por fin el texto de los extraordinarios *Coloquios de los doce* habidos entre los primeros evangelizadores franciscanos y los principales indígenas en 1524, texto del cual él mismo nos daría treinta años después, en 1986, la mejor y más atinada edición crítica y traducción,<sup>3</sup> Miguel León-Portilla producía los conceptos claros y precisos que definirían en la época prehispánica el saber filosófico, diferenciándolo del saber religioso. Al lado de los sacerdotes, de los eminentes *quequetzalcoa*, existen los “sabios de la palabra”, los *tlatolmatinime*, que miden el correr de las estrellas, hojean los códices, saben del calendario y de la medida del tiempo. Son los “predestinados a saber”, los que han nacido “condenados a filosofar”, según la expresión de José Gaos. De ellos han quedado, por lo menos, las palabras que forjaron, hace quizá un milenio, para explicar el universo.

De ellos trata el capítulo siguiente de la obra, procurando ahora los fundamentos de lo que era la *imagen náhuatl del universo*, siempre establecidos éstos con base en los textos que reflejaban las ideas de los filósofos prehispánicos. Y destacando, claro está, la importancia del esfuerzo racionalizador de los nahuas para ir más allá de las prístinas mitogonías. Debe subrayarse que la aportación de Miguel León-Portilla abría aquí caminos insospechados y particularmente fascinantes al presentarnos un pensamiento cosmológico de claros perfiles racionales, depurados y elaborados, así como sólidamente contruidos. El análisis de aquellos textos que definen al verdadero médico como un sabio preocupado por conocer experimentalmente la naturaleza y sus elementos, al *tlaiximatini* “el que sabe el rostro de las cosas”, es ejemplar en este sentido. Pero, en verdad, no era extraña esta preocupación por la raíz o el cimiento real de la naturaleza que envuelve al hombre, ya que el saber la “verdad del mundo” aparece como una exigencia náhuatl crucial. Textos como el de los *Anales de Cuauhtitlán* que atribuye a Quetzalcóatl una primera respuesta a la interrogante sobre el origen del mundo y la esencia del mundo, o el del *Códice Florentino* referente a *Ometéotl*, padre y madre del universo, o aún

<sup>3</sup> *Coloquios y Doctrina cristiana... Los diálogos de 1524 dispuestos por fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores...* (edición facsimilar, introducción, paleografía, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla), México, UNAM, Fundación de Investigaciones Sociales, 1986.

los de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que evocan las cuatro fuerzas cósmicas o dioses generados por *Ometéotl* que van a echar a andar el mundo, y crear luego al hombre, a sus alimentos, al tiempo que lo define y lo limita, al cielo y al más allá, son los ejes de esta preocupación ontológica de los antiguos *mexicah*. Por otra parte, todo ello se inscribe en un fluir temporal del mundo, dentro de varias edades o eras —los Soles— en que los *mexicah* sitúan su propio tiempo: el Quinto Sol. Y precisamente la destrucción de este último Sol ha de evitarse a toda costa, implicando ello una misión místico-guerrera que los *mexicah* se tomarían muy en serio a partir de 1428, de la derrota de Azcapotzalco y del gran refundimiento filosófico y político iniciado por Tlacaelel. Se supeditaría a dicha misión el rito y la política, la economía y el esfuerzo militar, y esto con miras a proporcionarle a la máquina cósmica y a los dioses que la rigen la sangre humana indispensable, la *chalchihuatl*: “agua de jade precioso”, que sólo permite la permanencia del mundo. De entre las diez fuentes posibles que atestiguan de ello, Miguel León-Portilla eligió para analizarla la del manuscrito de 1558, llamado por Paso y Troncoso *Leyenda de los soles*, editada y traducida al alemán por Walter Lehmann, y que el sabio mexicano traduciría del náhuatl al español por vez primera en esta ocasión para explicarla detalladamente. Sus conclusiones no podían ser más reveladoras y ponían de manifiesto, claramente, cinco puntos fundamentales que estructuraban el relato de los Soles cosmogónicos, a saber (y más vale aquí citar al autor):

- 1) necesidad lógica de fundamentación universal, 2) temporalización del mundo en edades o ciclos, 3) idea de elementos primordiales, 4) espacialización del universo por rumbos o cuadrantes y 5) concepto de lucha como molde para pensar el acaecer cósmico.

Evidentemente, este penetrante y novedoso análisis llevó a Miguel León-Portilla a plantearse luego la existencia de una visión espacial del universo. El examen de conceptos como el de *Anáhuatl*: “anillo”, o *Cemanáhuatl*: “anillo completo”, es decir del anillo de agua que rodea a la tierra, explica así, pues, el concepto de espacio horizontal. Como el examen de las representaciones pictóricas del *Códice Vaticano A*, amén de otros documentos complementarios, permite definir el espacio vertical materializado por los trece cielos y los nueve infiernos. Con ello se lograba un acercamiento conceptual satisfactorio de la original noción de “lugar-instante”, complejo de situación y tiempo que analizara unos años antes Jacques Soustelle y que da cabal idea del universo físico imaginado por los nahuas. Muy oportunamente destacaba entonces Miguel León-Portilla la curiosa y seductora relación ostentada por esta imagen del universo con las nuevas nociones de espacio-tiempo unificado que ofrece la Física contemporánea de un Einstein o de un Heisenberg. Obviamente, este universo así conceptualizado no podía ser sino el centro absoluto de aquellos

cuestionamientos cruciales que señalábamos al principio de este nuestro artículo, aquellas lancinantes preguntas que planteaban la existencia de la divinidad y el destino y sentido de la aventura humana.

Así es como las *Ideas metafísicas y teológicas de los nahuas* habían de constituir el paso siguiente, ahora imprescindible, dentro de la trayectoria de este sistemático asedio a la intimidad de la reflexión filosófica náhuatl. Pero esta vez acosada hasta en su raíz: *nelhuayotl*, la que abraza la verdad secreta de los textos que han podido llegarnos. De este modo, un primer acercamiento al “saber organizado acerca de la divinidad” se fundaba en el espléndido diálogo de los *Coloquios de los doce* ya mencionados antes y en la respuesta de los *tlamatinime* que en 1524 defendían aún abiertamente, quizá por última vez, su manera de concebir el mundo y los dioses que lo rigen. Situado así este saber en el contexto de una tradición muy antigua (y muy respetada), Miguel León-Portilla podía proseguir planteando la problemática esencial de la duda metafísica. Sobrepasando la multiplicidad proteiforme de las divinidades del panteón náhuatl, propias de un sentir popular que según Alfonso Caso “exageraba el politeísmo”, los *tlamatinime* llegarán a formular más allá de estas efervescencias las preguntas cruciales que apuntábamos como meollos del pensamiento humano al principiar este comentario. El manuscrito *Cantares Mexicanos* (fol. 5v y 13r) las clama con desesperada urgencia:

*¿Azo tla nel o tiquitoa nican  
Ipalnemohua?  
Zan tontemiqui  
in zan toncochitlehuaco  
Zan iuhqui temictli...  
Ayac nelli in quilhaia nican...*

¿Acaso algo verdadero hablamos aquí,  
Autor de la vida?  
Sólo soñamos  
sólo venimos a levantarnos de dormir  
con prisa.  
Sólo es como un sueño...  
Nadie habla de verdad aquí...

Por otra parte, la obsesión prehispánica por la fugacidad de todo lo terrestre plasma en Nezahualcóyotl sus mejores fórmulas (Ms. *Cantares Mexicanos*, fol. 17r).

*Cuix oc nelli nemohua oa in  
tlalticpac?  
An nochipa tlalticpac:  
Zan achica ye nican.  
Tel ca chalchihuitl no xamani,  
no teocuitlatl in tlapani,  
no quetzalli poztequi  
  
An nochipa tlalticpac:  
Zan achica ye nican...*

¿Es verdad que se vive en la tierra?  
  
No para siempre en la tierra:  
Sólo un poco aquí.  
Aunque sea de jade precioso se quiebra,  
también si es de oro se rompe,  
también si es de pluma de quetzal se rasga.  
  
No para siempre en la tierra:  
Sólo un poco aquí...

De este modo, bien puede entenderse que, casi dos siglos más tarde, un Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, seducido por esta problemática ya en el ambiente novohispano, haya atribuido dos poemas al rey de Texcoco que dentro de esta trayectoria espiritual autorizaban una premonición del cristianismo como sistema filosófico concluyente y definitivo.<sup>4</sup> ¿Cuál podía, entonces, ser la única “verdad” asequible, el único camino hacia el conocimiento metafísico? ¿No podía, acaso, ser la poesía esa vía luminosa, porque, con su apaciguadora reflexión sobre el poder de las palabras y sobre la densidad del discurso maduro y granado, revelaba los orígenes del mundo y el principio de poderlo enunciar? Sólo ella, la *Cuicapeuhcáyotl*: “origen y raíz del canto”, conllevaba por su radiante diligencia las seguridades mínimas. Sólo *In xóchitl in cuicatl* “flor y canto” entrañaba estos acercamientos primeros que permitían una reconciliación iniciática con aquel universo de sombras y de fugacidades, con aquel incomprensible entorno que podía parecer ser exclusivamente la carga reservada a los humanos. Sólo las propias creaciones del hombre podían salvar al hombre, y entre ellas, primordial y asombrosa, aquella que construye con el arte de la palabra magnificada. Aquella que en su esencia refleja en cierto modo el universo divino y permite probar algunas migajas de la sustancia de los dioses. Y que desde luego procura una imagen de lo divino.

El origen de estas formulaciones, profundas y exquisitas a la vez, podía rastrearse en la época tolteca (por lo menos), cuando la *toltecáyotl* era la quintaesencia y la simbólica del creador, del sabio y del artista. El autor, siempre adosado a los textos y fielmente apegado a la palabra preservada que ha podido llegarnos, lo logró de manera magistral, comentando poemas del manuscrito *Cantares Mexicanos*, definiciones de los *tlatimini* que fueran Informantes de Sahagún, u otros textos más del *Códice Florentino*, de los *Anales de Cuauhtitlán*, de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, de la *Historia Tolteca-Chichimeca*, etcétera, para evocar y definir con finura el gran principio dual que sintetiza el concepto de *Ometéotl*, y que es también *in Tonan*, *in Tota*, *Huehuetéotl* “nuestra madre, nuestro padre, el dios viejo.” Esto constituye la raíz y el fundamento más auténticos de la imagen divina forjada por los nahuas. A esta consideración añadió entonces Miguel León-Portilla un análisis y una reflexión sobre algunos difrasismos claves, como el de *Yohualli-ehécatl* “noche viento”, que expresa la trascendencia absoluta del ente que ni se ve ni se palpa, como la compleja designación de *Tloque Nahuaque* usada por Nezahualcóyotl, que literalmente es “dueño de lo que está cerca y de lo que está en el anillo”, “dueño de la cercanía y del anillo (del agua)”, o, como lo traducía Ángel María Garibay, “el que está junto a todo, y junto al cual está todo”, lo cual expresa perfectamente la noción de la omnipresencia divina. Trascenden-

<sup>4</sup> Ver Georges Baudot, “Nezahualcóyotl, príncipe providencial en los escritos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1995, núm. 25, p. 17-28.

cia y omnipresencia que completan de manera decisiva las nociones de Creador de la Vida, *Ipalnemoani* “aquel por quien se vive”, y de Inmanencia o Permanencia en el ser que maravillosamente evoca la metáfora *Moyocoyatzin* “Señor que se inventa a sí mismo”, “Inventor de sí mismo”, o como lo señala fray Gerónimo de Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana*, recogiendo muy probablemente de la obra del iniciador fray Andrés de Olmos: *Moyocoyatzin ayac oquiyocux, ayac oquipic* “Señor que se inventa a sí mismo, nadie lo creó, nadie le dio ser”. Las cuatro características de la noción de Dios, trascendente, omnipresente, creador de todas las criaturas e inmanente, se hallan así reunidas aquí en el principio dual supremo *Ometéotl*.

Pocas, muy pocas culturas humanas han llegado a forjar a través de la poesía como herramienta filosófica un acercamiento tan fino y tan hondo a la idea universal de Dios. Naturalmente, el paso siguiente había de ser el que contempla la aventura humana, el destino humano y su significado, en el centro mismo de toda filosofía ubicada en todos los tiempos y en todas partes. *El pensamiento náhuatl acerca del hombre* cumple, pues, así y ahora, con esa secuencia lógica que no puede sino situar en el corazón mismo de toda problemática de comprensión del universo a quien lo piensa y lo interroga: al hombre.

La preocupación por el Otro humano fue, así, una más de las revelaciones del pensamiento de los mejores *tlamatínime* prehispánicos. Toda una serie de fórmulas empleadas por los Informantes de Sahagún, subrayadas ahora por Miguel León-Portilla, así lo marcan primero: “hacer sabios los rostros ajenos”, “humanizar el querer de la gente”, “hacerlos tomar una cara”, y esto para sentar como primer paso la realidad del hombre, para luego circunscribir atinadamente su modo de actuar. Prosiguiendo en el análisis metódico de sus textos, el autor abordó entonces los relatos que evocan el nacimiento, la primigenia creación de los hombres. Destacaremos el hecho de que según los más antiguos de estos documentos el primer hombre nació de un “beso estrecho” entre un hombre y una mujer incompletos, con sólo un busto y sin piernas ni abdomen, creados por una flecha que lanzara el Sol. Pero es en el *Manuscrito de 1558* o *Leyenda de los Soles* ya aludida donde ocurrió el decisivo viaje de Quetzalcóatl al Mictlan, a la Región de los Muertos, que permitió crear una humanidad definitiva con los huesos preciosos que guardaban los Señores de la Región de los Muertos, Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, reflejos metafóricos de la dualidad suprema *Ometéotl*. Sobre dichos huesos la Serpiente Emplumada vertió la sangre de su miembro viril sacrificado para que nacieran los *macehualtin*: “los merecidos”, los hombres que son el fruto de la penitencia de los dioses. Quetzalcóatl pasó así a ser “el que inventa hombres”. Mas estos hombres “merecidos” ¿cómo habían de vivir *nican in tlaltícpac* “¿aquí en la tierra”? ¿Cuál había de ser su personalidad y, por tanto, su verdad? Un difrasismo admirable de la lengua náhuatl viene aquí a significarlo oportunamente merced a la pluma del autor. El hombre es *in ixtli* “un

rostro”, un *yo* adquirido en vida que es marca imborrable de la persona y es también *in yóllotl* “un corazón”, es decir un movimiento por antonomasia, el principio dinámico que estructura la existencia anhelante y laboriosa del hombre. De este modo, *in ixtli in yóllotl* “rostro y corazón” definen lo humano como aquello que es originalidad exclusiva, como aquello que es personalidad.

¿Acaso este “rostro y corazón” significan libertad o, si no, implican destino? El albedrío humano vendría a ser entonces el meollo de la búsqueda emprendida por el autor en pos de la concepción náhuatl acerca de la aventura humana. Destacando el hecho de que el destino humano es predecible y así está implicado en el *tonalpohualli* y recordando la precisa definición de Jacques Soustelle:

Quando el hombre nace o ‘desciende’ (*temo*) por decisión de la dualidad suprema, se encuentra automáticamente insertado en este orden, aprisionado por esta máquina omnipotente... Toda su suerte se halla sometida a una predestinación rigurosa

Miguel León-Portilla de nuevo retomó entonces esta visión hermética del destino humano para explicarla y matizar de paso este feroz determinismo. Los textos de los Informantes de Sahagún, ahora finalmente analizados en todas sus detalladas metáforas, le iban a permitir reconocer la indudable presencia de una real, aunque tímida noción de comportamiento libre y en gran parte escogido. Una cierta idea de que el libre albedrío podía evolucionar y hasta transformarse por la educación, por las lecciones venidas de Otros, y de que en cierto modo era pensable superar el destino marcado por el *tonalpohualli*. La expresa a su manera, con indudable amargura, un texto del *Códice Florentino* de Sahagún, aducido por León-Portilla:

<i>In totecuyo in Tloque Nahuaque...</i>	Nuestro señor, el dueño del cerca y del anillo
<i>Ca imacpal iyoloco techtlatlalitica momimiluitica...</i>	En el centro mismo de la palma de su mano nos tiene colocados, nos está moviendo a su antojo...

Y, por fin, este hombre ¿acaso llegaría a franquear la barrera implacable de la muerte? La poesía lírica náhuatl ha planteado muy a menudo el tema con singular vigor e indudable angustia. Después de repasar las distintas ubicaciones del más allá donde puedan llegar los hombres: *Mictlan*, *Ximoayan*, *Tlalocan*, *Quenamican*, *Chichihuacuauhco*, *Tamoanchan*, etcétera, el autor logró con gran acierto definir todos los matices de la meditación náhuatl sobre el misterio de la muerte y del más allá, resaltando esa duda primordial y angustiante que es la marca de una de las culturas humanas más preocupadas por la supervivencia de los hom-

bres. Bien puede aquí recordarse la idéntica inquietud de los griegos expresada en la aserción de Sófocles: “En este mundo nada es más maravilloso que el hombre, pero a pesar de todas las cosas que es capaz de hacer, no escapa de la muerte.”

El apuro por el porvenir ultraterreno de los humanos había de llevar así al *hombre náhuatl* a pensarse, a conceptuarse como *creador de una forma de vida*. La frase náhuatl “forjar rostros ajenos” estaba inmersa en cierto discurso agudo, punzante y hondo que definía o intentaba definir una forma de vivir humana. Crear y hacer: “hombres”, humanos poseedores de “un rostro y un corazón”. Era inventar las virtudes propias de la *polis*, de la *civitas*, de la *cité*, es decir de la ciudad de los hombres, de la realización urbana que marcara el principio de toda civilización. De este modo, el autor principió por explorar lo que entrañaba la *Tlacahuapahuatliztli*: “el arte de criar y educar a los hombres” comparable a la *Paideia* de los griegos. Autocontrol, dominio de sí mismo aprendido con los padres en la intimidad de la familia, así como educación y formación estrictas impartidas en instituciones educativas pensadas y establecidas por la sociedad, componen este arte. *Telpochcalli* y *Calmécac* eran los centros cruciales de este quehacer formador de la sociedad prehispánica. Siempre aferrado a los textos más confiables que nos dejara el pasado, el autor analiza sus mecanismos, programas y metas. Descubrimos que el ideal del “hombre maduro”, *omacic oquichtli*, guiaba esfuerzos y proyectos en la ciudad anterior a la llegada de los conquistadores:

*In omacic oquichtli:*

*yollotetl, yollotlaquauac,  
ixtlamati,  
ixeh yollo,  
mozcalia...*

El hombre maduro:

un corazón firme como piedra,  
un rostro sabio,  
dueño de rostro y corazón,  
hábil, precavido...

La ética y el derecho dentro de la organización de la ciudad-estado precolombina de los *mexicah* cobran así singular espacio en esta fina exposición, apoyada como siempre en textos precisos y fidedignos: *Huehuetlahtolli*, Informantes de Sahagún, *Códice Florentino*, etcétera, y el análisis detallado y exhaustivo del autor nos lleva a un claro conceptuar de la *Huehuetlamantiliztli* “la antigua regla de vida”, que estructura la doctrina ético-social o ético-jurídica de la convivencia urbana prehispánica.

Obviamente, tal afirmación de fundamento social sólo podía entrañar una clara conciencia histórica que valorara el pasado, pusiera como ejemplo las gestas de antaño y diera lecciones para el futuro. En esta secuencia, y dentro de estas investigaciones, la cosmovisión místico-guerrera que forjara a partir de 1428 Tlacaelel, el *Cemanahuac Tepehuan*: “conquistador del universo”, para dar razón al edificio cósmico de los *mexicah*, y su repercusión en las concepciones de la creación artística (mezclándose, claro está, con anteriores nociones y conquistas creadoras

toltecas) dominan esta otra faceta tan importante de la filosofía de los nahuas, esta vez captada y explicada en sus frutos sociales, éticos y artísticos más palpables hoy en día con base en el material de que disponemos.

Ahora, ¿de cuáles fondos ideológicos podían provenir estas concepciones, ya tan maduras y tan bien perfiladas en la época inmediatamente anterior a la invasión europea? De ahí que *El problema de los orígenes y evolución del pensamiento náhuatl* fuera el último de los grandes temas abordados por Miguel León-Portilla, legítimamente preocupado por rastrear sustratos ideológicos y evoluciones. ¿Cuáles eran los antecedentes de las doctrinas expresadas en la etapa final del postclásico *mexicalt*? Una investigación, desde luego, delicadísima y novedosísima fundamentada en los antiguos mitos cosmogónicos, tal como pueden reconocerse en textos que los ofrecen como nostalgias remotas de un antaño inmerso en el tiempo. El texto aducido primero, procurado por los Informantes de Sahagún y contenido en el *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, dentro de estas perspectivas, es realmente ejemplar, amén de ser literariamente muy bello:

*Izca in tlahotlli  
in quitotivi in ueuetque:  
in iquin in can,  
in aocac uel compoa  
in aocac uel conilnamiqui...*

He aquí la relación  
que solían pronunciar los ancianos:  
en un cierto tiempo,  
que ya nadie puede contar  
del que ya nadie puede acordarse...

Ofrece, además, un testimonio claro de una conciencia cultural muy antigua, basada en logros que como el calendario y la escritura son preclásicos, es decir de un horizonte cultural fechable un buen milenio antes de Cristo. Con apoyo en la presencia también fechada y justificada de cálculos calendáricos y de símbolos ideográficos en Teotihuacan y en otras zonas culturales de Mesoamérica durante el periodo clásico, el autor procuró una demostración precisa y seductora de la antigüedad de dichas preocupaciones. Eran éstas las bases ineludibles de un análisis posterior del concepto de *Toltecatoytl*, noción fecundísima en la que Miguel León-Portilla habría de ahondar muchos años más tarde en un espléndido volumen: *Toltecatoytl: aspectos de la cultura náhuatl*. Particularmente importante nos parece hoy el rastreo hecho por el autor de las que fueran huellas cruciales de este saber antiquísimo, y esto en la Teotihuacan del periodo clásico. En efecto, en muchos aspectos Teotihuacan fue la matriz cultural que había de dominar e influir no sólo las comarcas centrales del altiplano mexicano, sino zonas tan alejadas como Tikal, en las tierras mayas del Petén. El antecedente teotihuacano aparece así como el núcleo inspirador de la filosofía náhuatl del postclásico tardío, primero expresada por los toltecas y después, a la escucha de éstos, por los *mexicalt* del siglo

xv, en lo que muy acertadamente llama el autor un “final florecimiento del pensamiento náhuatl”.

Una última pregunta, de incalculables consecuencias, podría avasallarnos y sorprendernos al cerrar las páginas de este libro. ¿Acaso los textos que nos han llegado y que transcribe el alfabeto latino enseñado por los misioneros españoles a los *tlacuiloque* y a los *tlamatinime* que anhelaban preservar su cultura pasada no desvirtúa, no falsifica en algún modo, no empobrece el mensaje semántico que a su peculiar modo entrañaba el texto total del mundo prehispánico? Bien sabemos que es hoy un tema que diversas investigaciones filológicas y diversos planteamientos semióticos han puesto en relieve. Muy consciente de ello, y queriendo ver claro en esta delicada cuestión, Miguel León-Portilla ha incluido un renovador y novedoso apéndice en la séptima edición de este su libro en lengua española (1993). Para mí, la demostración, atenta a todos los aportes de estos últimos años, fue luminosa y concluyente. En particular, el análisis del verbo *amoxohtoca* “seguir el camino del libro”, que explica muy finamente el proceso prehispánico de trasmisión, de aprendizaje, y el modo como se pudo transferir este “camino pictoglífico” a nuestra escritura alfabética. Con las mejores garantías de autenticidad y de fidelidad, tanto secuenciales como conceptuales.

Por otra parte, religiosos franciscanos, tempranos especialistas y entregados con suma pasión al reconocimiento del mundo vencido, cuando son del peso de un fray Andrés de Olmos o de un fray Bernardino de Sahagún empeñados en comprender plenamente, en coleccionar con la mayor exhaustividad, en sitiar con la mejor precisión la cosmogonía y los códigos morales prehispánicos, no hubieran seguido confiadamente otro “camino”. También los textos que aún perduran entre los nahuas de México y que son “antiguas palabras” que parecen surgir de una “lectura” de ha quinientos años nos indican que el método utilizado para “leer” o “seguir el camino” de los códices pictoglíficos fue el garante de una autenticidad fuera de dudas. Y, por fin, *last but not least*, la coincidencia casi siempre exactísima entre lo que revelan los hallazgos de la arqueología y lo que significan los códices y los escritos transvasados en alfabeto latino es de tal índole y de tal magnitud que no cabe hoy en día lugar para la incredulidad.

Sí, podemos estar seguros. La palabra de los nahuas, su filosofía, sus planteamientos metafísicos y éticos, la idea que se formaban del hombre y de la sociedad creada por el hombre, han llegado hasta nosotros sin escepticismos posibles gracias a que Miguel León-Portilla siguió, confiado y tenaz, el luminoso sendero de la antigua palabra.

Insistamos, por lo tanto, destaquemos, sobre todo, que de primeras palabras se trataba, ya que en el manejo de la palabra estaba la clave de la metodología que ofrecía el autor. En las entrañas mismas del sistema de pensamiento, y esto porque en el corazón de la conducta humana, porque en el centro crucial de la mirada del hombre sobre el mundo exte-

rior que lo cobija y lo cuestiona a la vez, está en toda eternidad el discurso humano fundado en palabra. La palabra lo antecede y lo plasma todo. No en vano otros amerindios históricos del continente americano, los antiguos Mbyá-guaraní, para quienes *Ñande Ru Pa-pa Tenonde*: “nuestro padre último-último primero” era el principio de todo, hacían de la palabra humana una parte de la sustancia divina otorgada por el creador en un acto de amor anterior a toda creación, incluida la propia creación del hombre. Antes de que existiera el universo y su huésped humano, las *Ñe’e Porã Tenonde*: “Las primeras bellas palabras” eran la matriz misma de la creación. Miguel León-Portilla, al insinuar y enseñar cuáles eran las lecciones magistrales de los filósofos de lengua náhuatl, siguió con fervor este camino. ¿Cuáles eran en México esas primeras palabras? ¿Qué decían en México las primeras palabras de los nahuas?

El libro que hace cuarenta años nos obsequió Miguel León-Portilla a todos, mexicanos y extranjeros, abrió aún más caminos y cumplió con más promesas que las que parecían implícitas. Al descubrimos los grandes mecanismos íntimos del pensamiento náhuatl, al permitir el primer acercamiento a una especulación filosófica que honraba a la humanidad entera reconcilió a México, en buena parte, consigo mismo. Más allá de polémicas negativas y estériles por rechazar o impugnar la conquista y la colonización hispánicas, fue directamente a lo fundamental, a la raíz misma de la valoración de lo indígena, de lo propio de México, de aquello que era y es su clave y su permanencia desde hace milenios. Sólo contempló lo esencial, a saber, la revelación de un pensamiento amerindio, complejísimo, exquisito y de una extraordinaria profundidad, alcanzando —y con mucho— los niveles de la especulación filosófica de allende mares y tiempos. En este sentido, no sólo revelaba suntuosamente a sus coetáneos cuál era en sus entrañas casi ontológicas la otra cara de México, la primera, sino que anunciaba con ello lo que vendría a ser luego su obra magna y las obras de quienes habían de seguir sus pasos. En el corazón mismo de esta trayectoria, aquí espléndidamente iniciada, anidaba una voz, la voz de quien iba a ser, así, una de las más altas y más claras conciencias de México en esta segunda mitad del siglo XX. Fue Miguel León-Portilla quien así llamó, gritó, clamó por que volvieran a ser plenamente parte de México quienes habían formado las primeras naciones, las primeras ciudades y las primeras palabras de México.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS